

# Fundamento

JUAN PEDRO ANDÚJAR CARAVACA

## *Notas preliminares*

Para lo que se va a decir a continuación quisiera establecer unos apuntes previos, que servirán de *'fundamento'* para esta exposición. Con ello abordamos ya desde el comienzo la cuestión misma del fundamento, entendiendo ahora por tal aquello que origina y que da consistencia, en este caso, a una reflexión sobre el pensar el fundamento, sus implicaciones y sus consecuencias.

En primer lugar quiero partir desde una opción previa. Esta es la de «un optimismo radical», que se traduce en que yo mismo me hallo con sentido, me vivo situado globalmente en un horizonte coherente, no caótico, de ninguna manera contradictorio o absurdo. Desde esta posición de la que no me es legítimo dudar, encuentro confianza en lo que pienso, en lo que experimento, en lo que sueño, en lo que anhelo. En resumen, no veo que mi vivir, - ni el vivir de los demás-, sea un engaño, una falacia.

En segundo lugar, no sólo es que personalmente me entienda así, sino que me remito a un mundo, en el que me encuentro, también cargado de sentido, un mundo de verdad, un mundo real, por más que en este mundo y en mí mismo se den parcialmente carencias, deficiencias o formas de ser que podríamos calificar de falta de sentido.

Dicho esto, tendría que concluir este preámbulo afirmando la convicción de que cuanto existe no está “mal fabricado” desde su raíz. Reconozco que esta conclusión escapa ya a lo puramente racional: no se puede demostrar que el mundo está bien o mal hecho, porque esto supone ya una opción de sentido. Y esto es precisamente lo que quiero poner también de manifiesto: que la filosofía es un instrumento de ayuda para el hombre<sup>1</sup>, pero el hombre no es ni sólo, ni puro, ni mero ‘filosofar’, sino que al final del camino del discurso racional existe un salto en libertad hacia un deseo, deseo que no es otro que querer o no querer que su existencia tenga sentido. En el fondo, al final de la pregunta sobre el fundamento mi propuesta es que tiene que haber un fundamento, “indemostrable”, sí, pero sin el cual estaríamos ‘de más’. Entiéndase que ese deseo no equivale a un sueño imaginativo de posibilidades, caprichoso y carente de realismo. Es más bien una apuesta, un arriesgarse a querer que las cosas sean así, dando con ello respuesta a los anhelos más profundos que se puedan dar en la existencia humana. Querer “sentido” no es una ingenua demanda de la razón o del corazón, sino desear aquello que es para lo que honradamente parece estar hecho el ser humano.

---

<sup>1</sup> Concibiendo al hombre ya en adelante desde esa expresión, feliz a mi parecer, del Prof. Alfonso Pérez de Laborda como «cuerpo de hombre», es decir, «cuerpo de hombre en su identidad-dual de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer». Estas páginas vienen suscitadas por el primer boceto del artículo del mismo autor: «Fundamento», en *Revista Española de Teología* (LXIII) 2003.

### *Pensar el fundamento*

¿Cabe la posibilidad de que lo que entendemos como realidad existente tenga un fundamento, un porqué, un para qué, una consistencia más allá de sí misma que le da origen, le hace permanecer y la orienta hacia un sentido último? ¿O quizá sólo sea posible responder ante la realidad que ésta carece de fundamento y que es así “porque es así” y basta?

Una experiencia que a todos nos es familiar es la de la insaciable curiosidad de los niños cuando se va despertando en ellos la intuición de sentido, debido a lo cual lo preguntan todo, quieren responderse a todo, porque relacionan unas realidades con otras, confiados en que los acontecimientos conllevan unos “porqués” y unos “paraqués”, una cadena de principios últimos para dar explicación a lo que se tiene delante, bien sea algo material, bien un evento. ¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿De dónde? ¿A dónde?, como si en el hecho de preguntar hubiera una confianza en la seguridad de que las preguntas “tienen” respuesta.

Cuando nos preguntamos es porque esperamos soluciones, si bien es verdad que llegamos a veces a cuestiones donde tenemos que desistir: «¿entonces... quién “hizo” a Dios?». Llegamos hasta ahí, y nos rendimos, pero porque hasta llegar ahí hemos visto que se cumplía, como una ley inquebrantable, el hecho de que los efectos tienen sus causas.

Ciertamente, el hombre se interroga desde la realidad que le rodea, en la que se encuentra inmerso, de la que se reconoce parte integrante y, a la vez, trasciende. Al hombre le «afecta» la realidad. Ello queda plasmado en experiencias, provocaciones unas veces de ansia de plenitud, de felicidad, y otras de evidencia de limitación, de contingencia, experiencias que le hacen vivirse como “ser único” en esa realidad. El ser humano se percibe él mismo muchas veces como proyectado hacia lo infinito, y al mismo tiempo sostenido en un fino hilo, su ser, insuficiente para dar cuenta de lo que es y quiere ser, que le amenaza con el derrumbe total. Su “aspirar” va más allá de sus propios cimientos. Si tuviéramos que simbolizar esto mismo con una imagen plástica diríamos que el hombre se asemejaría a un rascacielos gigantesco, cuyos cimientos, sin embargo, fueran excesivamente pequeños. Y he aquí la pregunta, ¿dónde sostenerse entonces? Pues acaso en unas agarraderas que vengan de lo alto, como en los puentes colgantes, que incluso dan estabilidad no sólo al edificio, sino también a sus pequeños cimientos.

El hombre comprueba en infinidad de ocasiones que sus propios cimientos no pueden sostener lo que él es - lo que él parece ser -, y busca basamentos más fuertes para sus propios cimientos.

Las experiencias sensibles de la vida del hombre vienen conectadas por procesos racionales y emotivos, y dan lugar a lo que podríamos catalogar de experiencia primaria: analizando el conjunto de estas experiencias, las propias y las de sus semejantes, el hombre se percibe desde su menesterosidad, lo que le induce a plantearse la necesidad de sustento: el fundamento que le dio origen, que le mantiene, que le ‘colma’ en eso que parece que va siendo. El hombre se percibe en una experiencia de complejidad personal, la de un ser que piensa, siente, ama, sufre, espera, recuerda, y en el fluir de todo ello, ... ¿en un fluir hacia la nada?

Por fundamento entendemos lo que funda, lo que comienza y sostiene, lo que da razón de ser a la existencia desde su inicio y en su ir siendo. Fundamento habla de causa, sentido profundo o último de cuanto hay, reconocido ora por intuición, ora por deducción. Desde la pregunta constante del porqué de lo que hay y de su para qué, el hombre se pregunta sobre el fundamento de las cosas y de sí mismo y de sus ‘creaciones’. Si las realidades parciales tienen fundamentos, -aquello que las hacen posibles, que las hacen ser, unas veces por necesidad, otras en libertad, que las hacen ser

desde una memoria y desde un futuro-, ¿por ventura no existirá un fundamento de los fundamentos?

El hombre se interroga con sentido práctico en esa interrelación que tiene con lo que le rodea, donde va tomando posición en el mundo a través de ‘decisiones’. Su ser en el mundo le revela que es un ser con una dimensión ética. Sus decisiones lo desvelan como ser que actúa en libertad y con otras libertades, por medio de cuyo proceder se va haciendo realidad progresivamente un proyecto de hombre que tiende a su ser completo. Ese desarrollo de proyecto de hombre que él mismo lleva a cabo, por su evolución desde el contacto con la realidad, requiere un fundamento último, si es que en efecto el hombre caminase hacia su ser completo. ¿O es que el hombre es un continuo aspirar... hacia nada? ¿O es que la ética en el hombre es instrumento únicamente para conseguir un mejor estado de ‘bien-estar’ y no de ‘finalmente ser’?

Tanto desde las vivencias del hombre, que le van construyendo en su contacto con la vida, como desde la acción humana que se va concretando como un salir al paso en tomas de postura de carácter ético, político, educativo, jurídico, (‘creaciones’), parece que se pueda ir formando la idea de la necesidad de un fundamento para sí mismo y para el mundo, necesidad que viene impuesta por la observación de que las porciones de realidad sí que tienen su fundamento. De tal forma habría que pensar que si la totalidad no hubiera de tener fundamento... ¿por qué lo tienen los fragmentos? El pensamiento humano, en su modo ordinario de concatenar los acontecimientos y darles unos ‘porqués’, al menos postula como hipótesis más plausible la necesidad de un fundamento que dé razón de todo lo que existe.

Al final de este proceso nos vemos inexorablemente abocados a un dramático dilema último y ultimador: o para dar cuenta del hombre y del mundo hay un fundamento, o por el contrario todo es “porque sí”, sin cimientos ni proyección, es decir, solo, huero y absurdo estar ahí. Me parece aquí que expresa lo mismo Alfonso Pérez de Laborda cuando dice que si verdaderamente no existe el punto “” que nos hace ser eso que estamos siendo, ‘cuerpo de hombre’, seríamos entonces «mera casualidad<sup>2</sup>». ¿Qué bien condensó esta disyuntiva realista Jean Guitton en el título de su obra, que aquí formularíamos con carácter de opción: *Lo absurdo «o» el misterio<sup>3</sup>*!

### *Indicios de fundamento*

¿Qué hay en el hombre que le haga vislumbrar el fundamento, suyo y de todo? ¿Por qué no nos engañamos en nuestro convivir con lo que existe cuando pretendemos hallarlo no vacío de fundamento? Porque vivimos “confiados” en que hay algo que en el fondo sostiene el ser nuestro y el del mundo, algo a lo que con nuestra experiencia podemos dotar de cualidades: un fundamento, principio de ser todo cuanto existe, verdadero, real, inmarcesible. Un fundamento como crédito de que nuestra vida no cae ‘en saco roto’, y que por lo mismo hace fidedigno al hombre y al mundo. Esto nos sucede en los ámbitos más importantes de nuestra vida, en los que encontramos una tendencia inequívoca de afirmación de ser, de afirmación de fundamento. Esa tendencia es lo que nos hace dirigirnos a un más allá de lo que aparece. Recojamos aquí la inquietud que al respecto emerge en la carta encíclica *Fides et ratio* de Juan Pablo II en su número 83:

«Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia; incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del

---

<sup>2</sup> Notas sobre el Fundamento, Pág. 29

<sup>3</sup> Jean Guitton, *L'absurde et le mystère*, Desclée de Brouwer, 1991

hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya».

Retomando la cuestión de nuestras experiencias<sup>4</sup>: en el obrar humano hay tendencia a lo real. Vivimos nuestras acciones, cuando les queremos dar verdadera importancia, de manera trascendental, como reales, provocadoras de más acciones, no con provisionalidad, sino hasta con afán de permanencia, de estabilidad. Pensemos en las creaciones materiales de carácter artístico, por ejemplo, o en la creación de instituciones, de corporaciones, de proyectos políticos y sociales.

También en el pensar humano hay pretensión de verdad, no solamente de ligazón de conceptos, sino de búsqueda de sistemas coherentes, satisfactorios, productivos, indelebles. Cuando queremos definir alguna realidad no nos contentamos con describirla. Cuando decimos «hoc est taliter» el ‘est’ nos remite a una esencia, como quien quiere exprimir y poseer el ser de aquello a lo que se refiere y puede al fin llamarlo verdad, no simple ‘aparecer’. Y aunque diversos sistemas lingüísticos carezcan del verbo ser, de lo que no carecen es de la noción de ser, de la implicación del ser, de la afección del ser.

Igualmente, en el querer humano hay ‘sospecha’ de eternidad, irreductible a la experiencia efímera de un momento. Quien ama de verdad quiere amar siempre y quiere, desea, que el amor tenga estatuto de inmortalidad. ¡Cómo lo expresa Gabriel Marcel: «amar es decir: tú no morirás!»! Se trata esta de una de las experiencias más impresionantes en la que el hombre reclama un basamento más allá de la experiencia momentánea y frágil. Podríamos decir que la experiencia del amor hace al ser humano percibir ‘realidad’, seguridad de que no se engaña, proyección hacia lo que no se acaba, pues de lo contrario se convierte entonces el amor en, quizá, la gran desilusión de su vivir.

En el sufrir humano es donde advertimos de cerca la trágica posibilidad de que no hubiera fundamento, y sin embargo, es donde acude el sentido de esperanza, esperanza siempre en una posible mejora, en una solución feliz, en un estado de desaparición de todo dolor y angustia.

¿Y quién puede sostener esta forma de ser del hombre?

Soy consciente en este momento de que, quizá de forma muy ligera, por primera vez he llamado “quién” a esto que se postula como fundamento. Pero desde nuestra observación comprobamos que detrás de las grandes acciones o creaciones, o eventos de la vida, hay siempre un ‘quién’. Por impresionantes que nos resulten las causas naturales de algunos fenómenos, más nos asombra el potencial de la mente y del corazón humanos, el quién que hay detrás de ciertas obras en la vida. ¿Podría ser, entonces, un ‘qué’ el que diera cuenta de la absoluta singularidad de lo humano? Si hubiera un fundamento último de todo, y por ello también del hombre, que es por sí mismo, sin que otro ente le dé la existencia, y hace ser eso de lo que nosotros mismos nos maravillamos, el hombre, ¿podría estar el fundamento de lo humano desprovisto de aquello que precisamente en nosotros es más grande, a saber, la dimensión personal? Si en algo se distingue radicalmente el hombre de cualquier otro ser es que él se concibe a sí mismo como un quién, como sujeto. Así, ¿qué ser puede sostener, dar fundamento, a esta dimensión especialísima del hombre? Una vez más en este momento sólo cabe reclamar de ese fundamento que sea él también “personal”, pero más aún, sólo si ese fundamento es personal es como podríamos reivindicar lo personal en nosotros mismos. A no ser que eso que llamamos persona tampoco sea más que un engaño de nuestro modo desafortunado de pensarnos y de vivirnos.

Quien desde la metafísica da nombre al fundamento de todo, como ser en plenitud que provee y conserva el ser de cuanto existe, le llama Dios. El Dios que

---

<sup>4</sup> Remito aquí a todo un desarrollo de las vivencias humanas como apertura a la metafísica en los cap. IV al XI de la obra de J. Gómez Caffarena, *Metafísica Fundamental*, Cristiandad, Madrid 1983

supone el discurso filosófico para dar explicación de cuanto hay se propone como posibilidad del hombre: sólo un Dios haría viable al hombre, sería su condición de posibilidad. Examinada la fascinante complejidad de lo que es el ser humano habríamos de decir que el mismo hombre se convierte en la primera prueba de la existencia de Dios: «¿Existe Dios? Deberá existir, pues hay hombre; si no ¿de dónde - es más, “para qué”- todo lo que es el hombre?». Dios, con todas las prerrogativas que la Ontología le otorga, es la hipótesis de sentido más digna que el pensamiento puede proponer para ofrecer una respuesta satisfactoria a la radical inquietud que el hombre tiene por sí mismo.

Llegados a este momento también podríamos pensar: ¿pero el fundamento dependerá de lo que el hombre pueda intuir o deducir? Retomando la cuestión clásica que nos remite a San Anselmo, ¿es suficiente que yo piense el fundamento para que este exista? ¿El fundamento, si es tal, no hablaría “desde la otra orilla”, no se revelaría al hombre desplegando su ser y su capacidad de hacer ser?

Una vez más nos encontramos ante una opción de sentido, pues si el hombre es capaz de pensar ‘el ser mayor que el cual nada cabe pensar...’, o el fundamento, o a Dios, y el término de ese pensar (intuir, atisbar, esperar) no fuera más que un constructo de la imaginación humana, a modo de burdo consuelo, ¡el hombre estaría radicalmente “mal hecho”, estaría frustrado desde que comienza a existir! Mas, si el tener la capacidad de entrever el fundamento fuera obra misma del fundamento, encontraríamos así el vínculo con él, el verdadero porqué del preguntarnos, el primordial ejercicio de fundamentación que él haría sobre nosotros: ser fuente no sólo de nuestras respuestas, sino de nuestras preguntas. Si existe fundamento, éste ha de tomar la iniciativa en el revelarse, de tal forma que la pretensión del alcanzarlo con la sola razón humana, y sólo desde la razón humana, se torna pretensión equivocada. Únicamente con su esfuerzo el hombre no puede encontrar el fundamento si antes éste no le da la posibilidad - entrañada en lo hondo del pensamiento y del corazón- de poder buscarlo.

Esta capacidad de facilitar búsquedas que tiene el fundamento nos remite a una dimensión en él que sería el reflejo de lo que en nosotros es lo personal. El fundamento, el absoluto, deberá tener esta cualidad, la de la personidad, en grado sublime, una vez más para dar cuenta de lo que en nosotros encontramos como “personas”. La tarea de la razón humana llegaría hasta aquí, hasta la intuición o deducción de cómo es el fundamento. Pero nada podría decir sobre si su obra en nosotros se limita simplemente a darnos una existencia, incluso con vocación de eternidad, o si también tiene para el hombre y para el mundo en el que habita un proyecto. Por poner un ejemplo: ¿De la existencia del fundamento (del fundamento más filosófico) se derivaría un planteamiento ético para los hombres, que integrase un determinado tipo de relaciones entre ellos y para con el mundo? ¿Es suficiente para el hombre afirmar el fundamento como lo haría Aristóteles refiriéndose al ‘motor inmóvil’? Ya vemos hasta dónde nos permiten llegar nuestros esfuerzos.

¿Qué pensar, llegados a este punto, de la aportación que brinda, por ejemplo, la Revelación cristiana, que además de mantener el carácter personal de este Dios lo afirma incluso como ‘comunidad de Personas’?

Para el asunto que nos ocupa, qué duda cabe que las consecuencias de este forma de entender a Dios con relación a nuestra forma de comprendernos son extraordinarias. Pues el fundamento, así entendido, sí que puede dar cuenta de nuestra realidad compleja como ‘cuerpo de hombre’ y todo su rico entramado de relaciones, creaciones, interpelaciones y deseos. Porque la revelación cristiana pone como fundamento de nuestra existencia un querer de Dios, un plan afectivo, amoroso, de participación real en su mismo ser, de apertura del horizonte del hombre muy por encima de sus expectativas, donde encuentran razón de ser su origen, su andadura y su destino final. Si hay algo que el hombre pueda esperar, para realmente dar fundamento a su propia dignidad, no puede distar mucho de la oferta excelente que presenta la revelación cristiana. Por condensar esta oferta diríamos que, a través de ella, Dios Trinidad se propone como fundamento de toda existencia, ofreciendo al hombre un plan de sentido nacido desde lo

que Dios mismo ha revelado de sí, sus “entrañas”, su ser constituido en las relaciones amorosas de las Personas Divinas, donde los hombres están llamados a participar de ese mismo ser de Dios. Este plan de Dios haría surgir el despliegue de su revelación bajo la forma de sus grandes principios: la creación, el diálogo con el hombre, la presencia liberadora en la historia, la encarnación, la redención, la divinización. En el horizonte de la revelación cristiana el hombre tiene su puesto bien determinado: él es el invitado a entrar en la comunión con Dios. Por eso sabe a qué atenerse, conoce su origen y su destino, y sabe el porqué de su vida y de su convivir con los demás hombres. Este ofrecimiento del cristianismo le da al hombre la posibilidad de acoger y reconocer en el amor (amor de Dios desplegado en el amor fraterno), el verdadero y último fundamento de su vida: fue fundado en el amor y amar es su vocación.

Pienso que cualquier otro planteamiento que nazca de lo puramente immanente no puede satisfacer en plenitud en la persona sus preguntas por su ser y por su aspiración. Diría que, aun siendo posible, es difícil no sentirse al menos atraído por el Dios de Jesucristo como el fundamento, ya que motivos suficientes se hallan en él como para colmar las ansias más colosales de todo hombre, para convertirse en el motivo fundamental de toda esperanza humana. Y entiéndase bien lo que quiero decir con esto. No pienso yo que el Dios de Jesucristo se revele como fundamento a todo hombre o mujer de manera inmediata, absolutamente clarividente, irrefutablemente convincente, como por ciencia infusa. Es claro que hay multitud de hombres y mujeres que no encuentran aquí el fundamento, muchas veces por no haber tenido ni siquiera la oportunidad de conocerlo, pero es muy posible que también haya detrás de ello circunstancias tales como un escaso o deficiente conocimiento de esta oferta, o sentimientos negativos asociados a algo que proviene de lo religioso, o situaciones personales complicadas que pueden sumir a las personas en ‘noches oscuras’, o porque el encuentro con el fundamento supone un largo proceso de excavación, donde confluyen el carácter ‘oculto’ del mismo fundamento y la misma libertad del hombre que camina lentamente hasta en las cuestiones más trascendentales sobre sí mismo. Otra cosa sería que hubiera quien cierre sus oídos, su capacidad de interrogarse, su corazón reclamante, porque no conviene a sus intereses más presentistas. Como hay quien desea que haya sentido y fundamento para su existencia, también hay quien esconde esa posibilidad, por las razones que fuese. Flaco favor se hace si el no hallar fundamento sólo depende de un no querer encontrarlo.

Esta oferta de sentido total que da el cristianismo emplaza al hombre a un debate consigo mismo, para ver si se siente o no interpelado por su pretensión, que aun siendo esta de carácter absoluto no deja sin embargo de tratarse de una oferta que pide contrastarse con otras respuestas, que se propone para ser acogida en libertad, y que reconoce los múltiples y honrados esfuerzos que por otras vías el hombre realiza para encontrar su sentido. Muchas veces son intentos nobles de encontrar fundamento de lo que somos y de lo que nos rodea, desde los debates éticos, filosóficos, religiosos. Puede suceder, como decíamos, que haya quien sencillamente renuncie incluso a buscar fundamento para su vida, quizá porque no conviene a corto plazo, porque las implicaciones pueden resultar molestas para el aquí y el ahora (por ejemplo un planteamiento moral derivado). En otras ocasiones, empero, la búsqueda de unos cimientos donde sostenerse viene tras las experiencias que hacen tambalearse el edificio de la vida. Pero como sucede en este símil de la edificación es preciso ahondar en el misterio de la propia vida para descubrir los cimientos. Es una cuestión de búsqueda, de querer encontrar, de analizar y escoger las opciones que resulten más satisfactorias, más coherentes, más realistas. Merece la pena ir confrontando unas respuestas con otras en un diálogo sincero con las experiencias de los demás y con uno mismo.

Y en esa confrontación, la revelación del Dios de Jesucristo, “en quien todo tiene su consistencia”(Col 1,17), como fundamento de la vida entera parece encajar en el hombre como anillo al dedo: ¡qué bien se ajusta el mensaje cristiano a los deseos más hondos de la humanidad! Al menos se puede decir que, como propuesta, puede convivir legítimamente con cualquier otra que provenga de un intento serio de dar respuesta al problema del fundamento.

En lo que venimos diciendo comprendo que hay ya mucho de ‘deseo’ de que esto sea así, “tenga que ser así”. Pero repito lo dicho en el principio. Al final, el hombre también es un querer, querer que la existencia, tan frágil y dura a veces, tan apasionante y hermosa otras, no sea, ni por asomo, tan sólo una broma pesada. Sin embargo, hasta llegar aquí, hay todo un recorrido honesto desde lo que llamamos pensamiento filosófico. Con ello pienso que desde esta humilde aportación nos ponemos en sintonía con la llamada que hace la ya citada carta del Papa, y que para concluir recojo:

«Es necesaria una filosofía de alcance auténticamente metafísico, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental. Esta es una exigencia implícita tanto en el conocimiento de tipo sapiencial como en el de tipo analítico; concretamente, es una exigencia propia del conocimiento del bien moral cuyo fundamento último es el sumo Bien, Dios mismo»<sup>5</sup>.

---

---

<sup>5</sup> *Fides et ratio*, n.º 83